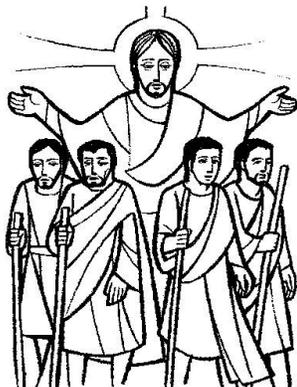


Vicaría de Evangelización

COORDINACIÓN ARQUIDIOCESANA
DE VIDA LITÚRGICA Y ORACIÓN



ARQUIDIOCESIS DE BOGOTÁ



3 de julio de 2022

*Domingo XIV del
Tiempo Ordinario*



I. NOTAS EXEGÉTICAS

Isaías 66,10-14

Yo haré derivar hacia ella, como un río, la paz.

Una nueva Jerusalén

El último capítulo de Isaías nos presenta un mensaje cargado de esperanza y consuelo para el pueblo que, tras el exilio, ha regresado a Jerusalén. Allí quiere reconstruir el templo y reestablecer su relación con Dios. De esta manera, el Tercer Isaías debe realizar su misión profética, denunciando las situaciones de injusticia, opresión e idolatría, y recordar las promesas del Señor. Por eso, en los versículos que nos trae la liturgia de hoy, el autor sagrado señala que el mismo Dios se compromete a traer la paz, el consuelo, la justicia y el amor y, con la fuerza maternal de Jerusalén, dará a luz a un pueblo nuevo.

La profunda alegría de este nuevo nacimiento que surge en Jerusalén, manifiesta claramente la “maternidad de Dios” con sus hijos, que hace posible que sean alimentados con su gloria. Así, es la gloria de Dios la que consolará a Israel de todos sus padecimientos, penurias y angustias. Es por eso que toda esta alegría y amor hacia Jerusalén son causa de celebración y júbilo por la acción de Dios que los ha confortado en la deportación y los ha traído nuevamente a su tierra.

Salmo 66 (65)

Aclamad al Señor, tierra entera.

Este hermoso salmo se describe en la biblia griega como un salmo de la resurrección, comprendido en su sentido profético como signo de la recreación del mundo por la conversión de los gentiles. Sin embargo, llama la atención que no solo tiene en cuenta al pueblo, sino a toda la tierra. De esta manera comprendemos que el salmista entendía que Dios no solo era Dios sobre el pueblo de Israel, sino sobre toda la creación. Es por eso que ve apropiado llamar a todos a alabar a Dios con alegría.

Así las cosas, el salmista sugiere alabar a Dios en todo momento, pero con la conciencia de bendecir y agradecer por todo cuanto se ha recibido del Señor; por eso se requiere, más que pensar en Dios, centrar todo nuestro ser y acontecer en Él. De esta manera se reconoce toda la grandeza de la obra creadora, salvadora y restauradora de Dios, fruto de su amor inmensurable, frente al cual nadie podrá resistirse.

Gálatas 6,14-18

Yo llevo en mi cuerpo las marcas de Jesús

El sentido de la cruz de Cristo

La segunda lectura, tomada de la Carta a los Gálatas, viene a ser la conclusión de la carta más polémica de San Pablo, pues se centra en el sentido de la cruz de Cristo, por la que se ha alcanzado la libertad cristiana. Aquella, que antes de la conversión de Pablo era signo de desprecio y vergüenza, ahora se convierte en la señal de identidad del verdadero cristiano.

Por eso el apóstol pone de manifiesto que, pese a que la circuncisión era un signo religioso y legal, era también algo así como una escritura en el cuerpo. Era simplemente una marca distintiva del pacto de Abraham que no tuvo ninguna otra utilidad después de la llegada de Cristo, pues ahora lo esencial es que el Espíritu de Dios viene a la vida de cada cristiano y lo convierte en una nueva criatura, en una nueva creación unida al Señor Jesucristo, tal como lo experimentó el apóstol.

De igual modo, vemos que el apóstol les desea paz y bendición a todos los que vivieran de acuerdo con el mensaje de la salvación, por la gracia de Dios y el fortalecimiento de su fe. Al mismo tiempo, Pablo los exhorta a no causarles más problemas y dificultades, pues lleva consigo las marcas de Cristo, fruto de los sufrimientos que soportó por causa de la Buena Nueva del Señor Jesús, animándolos a vivir de acuerdo a la gracia de Dios.

Lucas 10, 1-12.17-20

Descansará sobre ellos vuestra paz

La misión de todo cristiano

El pasaje del Evangelio de hoy, nos ubica en territorio samaritano, por donde Jesús pasaba mientras iba camino a Jerusalén. En este territorio, tan religioso como el judío, los habitantes no podían ver con buenos ojos a los seguidores de un judío galileo, como

era Jesús; sin embargo, conociendo esta realidad, el Señor envía a sus discípulos delante de Él. De este modo, el evangelista san Lucas nos presenta un programa simbólico de aquello que le espera a quien acepta la invitación de seguir a Jesús.

El número setenta y dos probablemente indica todas las naciones. De hecho, en el libro del Génesis se mencionan setenta y dos naciones diferentes, que simbolizan a toda la tierra. Así se prefigura la misión de la Iglesia, con la clara certeza de que “la mies es abundante y los obreros pocos”. Por eso, es importante reconocer que en esta ocasión no se trata de la misión de los Doce, sino de los setenta y dos, es decir, “de muchos” o “de todos”, pues es deber de todo cristiano, ser evangelizador. Los discípulos de Jesús no solamente están llamados a seguirle a Él, sino a ser anunciadores de su mensaje a otros, aun cuando tengamos que enfrentar la ferocidad del rechazo o la persecución de aquellos que quieren devorarnos por nuestro testimonio.

La buena noticia que se comunica no es percibida de la misma manera por todos los hombres, pues es una provocación para este mundo. Por eso, el sentido de las recomendaciones para el camino manifiestan una radicalidad pertinente; se muestra a los mensajeros con el saludo de la paz, signo de la presencia de Dios que nos libera y nos salva por medio de su Hijo amado, nuestro Señor Jesucristo. Por eso, todos estamos llamados a anunciarlo a nuestros hermanos como clave de solidaridad.

El texto pone de manifiesto que, cuando se asume debidamente la misión encomendada, el discípulo regresa lleno de alegría, “porque se le sometían los demonios”. Esto quiere decir que el mal del mundo se vence con la fuerza radical del Evangelio. Cuando se anuncia el mensaje liberador del Señor, se percibe un cierto éxito porque son muchos los hombres y mujeres que se sienten liberados de sus penurias, soledades y angustias y experimentan el gozo de la restauración de su vida.

II. PISTAS HOMILÉTICAS

Dios restaura nuestra vida. La Palabra de Dios trae para nosotros un mensaje esperanzador y nos invita a continuar creciendo en la fe y en el amor, pues hemos sido restaurados por la misericordia y bondad del Señor que, como una madre que da a luz con alegría a sus hijos, nos protege, nos cuida y nos devuelve el gozo de la salvación. Como a Jerusalén, nos vuelve a edificar a cada uno concediéndonos nueva vida. Ahora nos corresponde a nosotros mantener despierta la conciencia de todo cuanto ha hecho el Señor por nosotros, para alabarlo y bendecirlo en todo momento, y como el salmista aclamar al Señor con toda la tierra y pregonar las maravillas que ha realizado en nosotros.

Con nuestro testimonio estamos llamados a ser colaboradores del Señor en la restauración de la vida, es por eso que debemos continuar trabajando por construir el Reino de Dios en la tierra, ayudando a muchos a que se acerquen al Señor para que se reestablezca su relación con Él y descubran el verdadero sentido de la vida, donde todos somos partícipes de la salvación.

El anuncio del Reino: misión del cristiano. La misión evangelizadora es una tarea que nos compete a todos los bautizados. El Papa nos lo ha venido recordando desde hace tiempo y lo hemos venido profundizando en este camino de la sinodalidad. Por eso, cuando escuchamos a Jesús que nos dice: «La mies es mucha y los obreros son pocos. Rogad, pues, al Dueño de la mies que envíe obreros a su mies», debemos responder con premura porque el Señor nos está llamando en este momento y espera nuestra respuesta voluntaria.

Como cuerpo vivo de la Iglesia, estamos llamados a ir a todos los territorios a anunciar la buena nueva de Jesucristo para que su mensaje salvador restaure, libere y salve a quienes se encuentran destrozados, heridos, agobiados y desesperanzados por las circunstancias de la vida diaria. Cada uno de nosotros ya ha recibido la gracia de reconocer cómo nos ha restaurado el Señor, ahora debemos alcanzar esa salvación a nuestros hermanos. Anunciamos con alegría que el Reino de Dios está en y entre nosotros, de esta manera estamos realizando nuestra misión como cristianos.

Que la fuerza del Espíritu Santo nos impulse a ir allí donde la vida clama, para poder descubrir los rostros del Señor que nos pide ser cada día más humanos y más hermanos, corresponsables de la restauración de nuestro prójimo y de la construcción del Reino de Dios.

III. SUBSIDIO LITÚRGICO

MONICIÓN DE ENTRADA

Hermanos, el Señor nos acoge como asamblea alrededor de la mesa de la Palabra y de la Eucaristía. Con alegría dispongámonos para permitir que este alimento espiritual nutra nuestras vidas de modo que, como buenos obreros del dueño de la mies, llevemos después el gozo de la salvación a todos los que la necesiten.

MONICIÓN A LA PALABRA

El Reino de Dios ha llegado, está entre nosotros; ha de instaurarse allí donde cada uno de nosotros vive. Pero ese mundo es una mies abundante con pocos obreros. Acojamos la Palabra para poder ser instrumentos de paz allí a donde el Señor nos envíe.

Oración de los Fieles

Presidente

Elevemos al Padre de toda bondad nuestras súplicas, confiando en que ÉL, por nuestra oración, deriva hacia nosotros como un río la paz.

R. Venga a nosotros tu Reino, Señor.

1. Para que el Señor anime con su santo Espíritu a la Iglesia a seguir avanzando sinodalmente; fortalezca al papa Francisco en su misión y a todos nos conceda fraterna comunión, roguemos al Señor.
2. Para que la paz de Cristo impulse a nuestros gobernantes a trabajar con firmeza por la justicia social y a afianzar una verdadera opción preferencial por los pobres, roguemos al Señor.
3. Para que el Señor impulse siempre con nuevos ánimos nuestro plan arquidiocesano de evangelización y así, con nuestro obispo Luis José, todos caminemos hacia la construcción de la Iglesia que Dios quiere y la ciudad necesita, roguemos al Señor.
4. Para que el Espíritu Santo conceda valentía a quienes se sienten llamados a la vida religiosa o sacerdotal y sean dóciles obreros para ser enviados a la abundante mies, roguemos al Señor.
5. Para que todos nosotros, alimentados con el Pan de la Palabra y de la Eucaristía, seamos en el mundo sufriente que nos rodea verdaderos dispensadores del desarrollo humano integral, roguemos al Señor.

Presidente

Te agradecemos, Padre bueno, porque escuchas nuestras súplicas confiadas, pues te las presentamos por medio de tu Hijo Jesucristo, nuestro Señor.